

Por ésta y por otras razones, creo que la tradición extraterritorial de nuestra literatura atraviesa en el presente por una crisis de identidad que, a menos que se quiera seguir en la anacrónica tertulia de los hechizados, exige que muchos de nuestros escritores tráfugas, viajeros o trasterrados revisen la idea que se han hecho de sí mismos. A todas luces, los problemas que hoy se les plantean no son ya los de antaño ni pueden resolverse con antiguas recetas. Tampoco es igual su situación ni la manera como se les ve y se les valora. Sabemos, por ejemplo, que, gracias al *Boom*, la novela latinoamericana ha logrado conquistar y consolidar una posición privilegiada en el mercado internacional de la traducción. Y como el español es en la actualidad una de las cinco lenguas más traducidas, resulta que nunca antes se habían traducido tantas novelas latinoamericanas a otras lenguas en todo lo que va de nuestra historia literaria. Así, que escriba en Madrid o en Buenos Aires, en Nueva York o en México, un escritor latinoamericano tiene hoy la posibilidad de que lo lean en los sitios más alejados y en idiomas que ni siquiera se imagina. Pero el reverso de la medalla es menos brillante: si es cierto que nunca les habían leído tanto afuera, no lo es menos que probablemente nunca les habían leído tan poco adentro. Aunque carecemos todavía de estadísticas generales sobre los hábitos de lectura en Hispanoamérica, los estudios del CERLALC y las quejas de la mayoría de los editores permiten adelantar un diagnóstico: la demanda de ficción narrativa adulta es débil, el mercado, estrecho y los tirajes, necesariamente bajos. Hoy menos de la mitad de la población hispanoamericana lee y los que lo hacen, leen periódicos, documentos, libros de autoayuda y, sí, a veces una obra de ficción, pero de preferencia extranjera: Dan Brown o Stephen King.

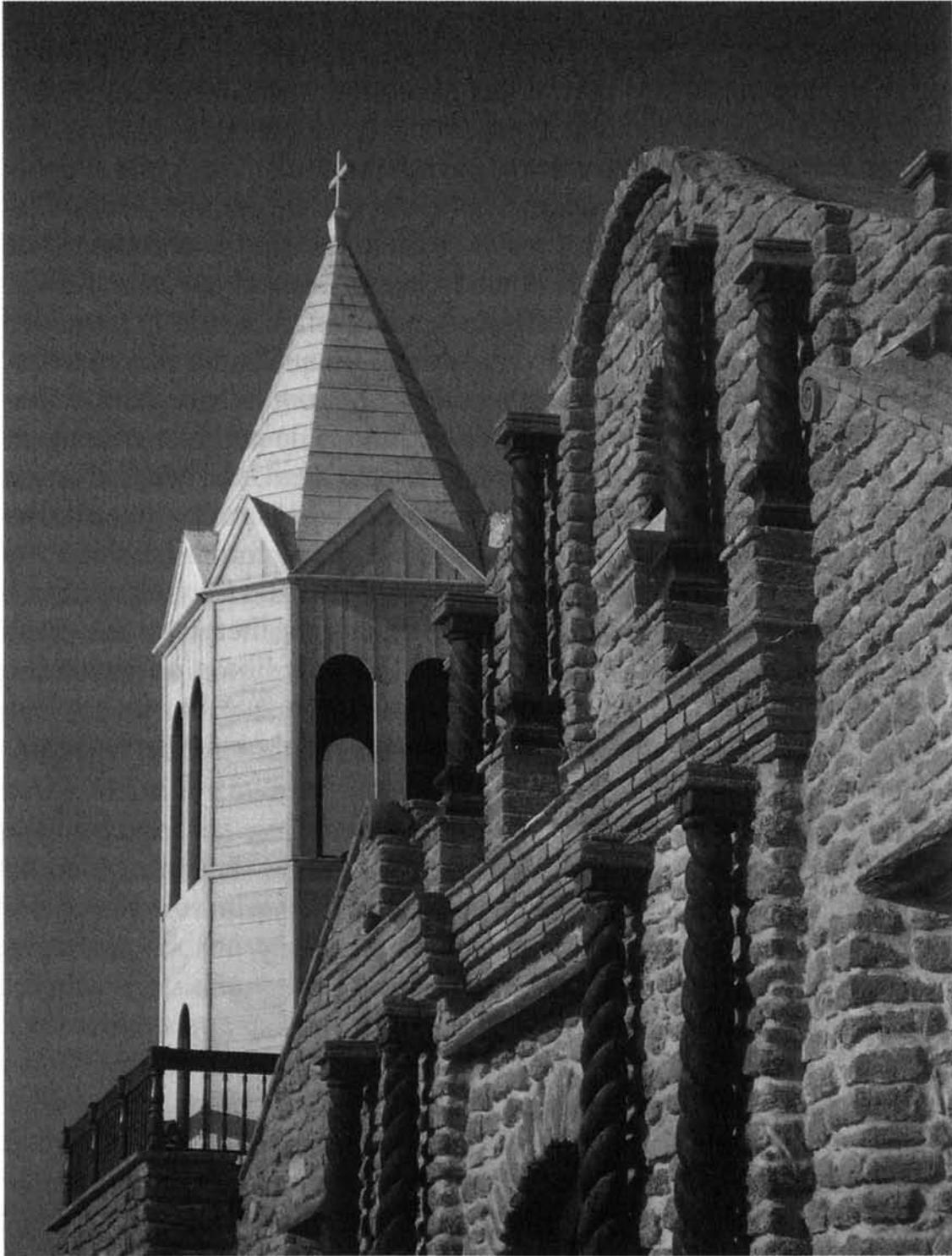
¿Qué nos dicen estos datos? Básicamente, dos cosas. La primera que, en realidad, los novelistas latinoamericanos tienen cada vez más como horizonte de recepción principal el horizonte extranjero. La segunda que, si aquellos que están adentro ya tienen dificultades para encontrar un público en el país, aquellos que están afuera pueden ver cómo los vínculos con su literatura nacional se vuelven más y más aleatorios a la falta de lectores que reciclen sus obras a un nivel local. Desde esta doble perspectiva, pareciera haber envejecido de un golpe la conocida hoja de ruta de nuestro *cursus honorum*, según la cual, como nadie es profeta en su tierra, para ser reconocido en Lima, Santiago o Caracas, es necesario triunfar en París o en Nueva York. Hoy puede ocurrir esto sin que ocurra obligatoriamente aquello. También

son cada vez más numerosos los escritores latinoamericanos radicados en Europa o en los Estados Unidos cuyos libros son prácticamente desconocidos en sus países respectivos, una situación que hace aún más complejo el problema de la representatividad o la etiqueta nacional que ostentan ante los otros. Porque si es verdad que representar a un país puede matarte a un hombre, a veces nada te lo mata tanto como no poder representarlo. No me refiero sólo a este fenómeno reciente. Los escritores del exilio cubano, que han visto cómo se les excluye de las antologías y se les borra de las historias literarias nacionales, saben perfectamente de qué estoy hablando.

Quizás una de las grandes paradojas que nos traiga la globalización sea esa transformación de las expectativas y los valores de nuestro campo literario que haga que el verdadero desafío no esté ya sólo en ser leído en el extranjero sino en reconquistar al lector nacional. Pero esto supondría la implementación en Latinoamérica de una vasta política pública de apoyo a la lectura, algo que, hasta la fecha, casi siempre ha fracasado. Y es que hay que decirlo: los principales responsables de que en nuestros países se lea tan poco no son los escritores ni los editores, ni los distribuidores ni los libreros. Son nuestros estados y nuestros ineficientes sistemas educativos. Pero más preocupante aún es que, sobre sus fallas y carencias, se alzan hoy los distintos populismos que traen en sus agendas el proyecto de redimensionar nuestra cultura e introducir criterios ideológicos y neoetnicistas en la definición de nuestras artes y nuestras letras. Ya le he oído decir a algún colega norteamericano que la única literatura propiamente peruana es la indígena o la indigenista. También he oído decir que la única literatura venezolana que merece estar presente en el extranjero es la literatura bolivariana.

En los antípodas de tales posturas, yo sigo creyendo que una de las conquistas más importantes de las últimas generaciones latinoamericanas es el derecho a escribir sobre lo que les dé la gana y donde les dé la gana. Que Rey Rosa ponga a sus personajes en Tánger, o Méndez Guedes en Canarias, o Volpi en Berlín es algo que celebro y defiendo. Como Christopher Domínguez Michael, pienso que el porvenir de nuestras literaturas nacionales es desaparecer tarde o temprano en esa vasta literatura flotante que hoy se escribe en lengua española a un lado y otro del Atlántico. Pero, por desgracia, también sé que, cuando le tenemos miedo al mundo, nos da por volver a meternos en la cueva y que, entre nosotros, la regresión está a la vuelta de la esquina. Por ello

no sólo me parece importante sino a la vez necesario insistir actualmente en que la ya larga tradición extraterritorial de la literatura latinoamericana constituye una de las expresiones más abiertas, ricas y exitosas de nuestra cultura. Gracias a ella, desde hace más de dos siglos, diálogamos con los otros y con nosotros mismos. A ella le debemos, entre otras muchas cosas, la cohesión y la unidad del campo literario hispano, y la continua red de relaciones que se teje dentro de nuestra lengua literaria desde el modernismo hasta el presente. Servirla de cara a este tiempo globalizado supone, en mi sentir, exigirle una capacidad de renovación cada vez mayor. Y es que nadie vendrá a descubrir a los hechizados ni ha de repetirse el *Boom* ni hace falta disfrazarse del brujo de la tribu o andar por el mundo de portavoz o de agente viajero en la época de internet y del turismo de masas. Muy otros son los retos que en la actualidad se les plantean a nuestros extraterritoriales. Y quizás no sea el menor de ellos darle una forma inédita a ese espíritu aventurero y cosmopolita que, en el París de las vanguardias o en la Barcelona del *Boom*, supo hacer de nuestra literatura un cuerpo vivo y orgánico, algo más que una mera suma de libros, ambiciones e individualidades. *Dossiers* como éste muestran que existe hoy esa inquietud y también la voluntad de empezar a elaborar una respuesta.



Iglesia de San Juan. Colón